

Literatura

Lecturas sin
teléfono cerca

MARC CAELLAS

Sería necesario leer cada mañana, antes de empezar el día, un par de páginas del diario de Julio Ramón Ribeyro, 'La tentación del fracaso', a fin de afrontar la vida sin ninguna pretensión, ni énfasis, ni ilusión. Sería muy necesario, pero mi voracidad lectora, y el medio reposo recetado por el médico de Bermillo de Sayago tras mi penoso accidente doméstico durante las vacaciones de agosto hicieron que devorara sus 670 páginas en apenas seis días. Y no fueron menos porque le fui infiel con su admirado Flaubert, de quién leí también durante esa misma semana con sumo placer 'La educación sentimental'. Ambas lecturas se cruzaron un sábado por la tarde en el preciso momento en que leía la entrada del diario del peruano correspondiente al 8 de agosto de 1978 en la que cuenta un viaje al balneario de Trouville.

Las playas, los trenes y, sobre todo, los aviones se fueron convirtiendo con los años en mis lugares favoritos para leer. Cada uno tiene sus particularidades. Las playas, las que a mí me gustan, son esas en las que sientes los rugidos del mar, el vaivén de las olas, el cariño del viento sala-

do que te abraza y protege y aísla de chácharas y músicas indeseadas. Bajo ese concierto sin programa de mano ciertas lecturas fluyen con velocidad de crucero. Fue precisamente en una de esas playas salvajes en la que un adolescente Gustave Flaubert vio a Elisa Schlesinger, de quién se enamoró perdidamente, a pesar de que le llevaba trece años y de que estaba casada. Elisa fue la gran pasión de su vida, siempre correspondida pero nunca satisfecha. Años más tarde la inmortalizó como Madame Arnoux, protagonista y musa de 'La educación sentimental'. Evocándola Flaubert escribió que sentía que sus miradas penetraban en su alma como esos grandes rayos de sol que descienden hasta el fondo del agua. Años más tarde, desde un promontorio, Ribeyro observaba la misma playa brumosa, solitaria, bañada por una luz sobrenatural, la alta marea invadiendo la orilla, dos, tres barcos cruzando el horizonte negro... veía lo que Flaubert vio más de un siglo antes.

"Nunca he podido desligar la obra del hombre. Y lo que me interesa es más el hombre que la creación" escribe Ribeyro en otra entrada y no puedo estar más de acuerdo. No he leído ningún

cuento ("un género caduco") ni mucho menos ninguna novela ("molde obsoleto") de Ribeyro, ni creo que lo haga, pero puedo asegurarles que pocos textos me proporcionaron tanto placer como los de sus diarios, que van desde 1950 hasta 1978. En ellos el escritor peruano habla de su vida errante entre Lima, Madrid, Munich, Amberes y París, donde se instala. Habla de sus amores, enfermedades, borracheras, lecturas, viviendas, escrituras, colegas

«Un libro de memorias - en una grado mucho mayor que la novela - es un verdadero cajón de sastre. En él caben las anécdotas, las reflexiones abstractas, el comentario de los hechos, el análisis de los caracteres, etc.»

de una manera tan embriagadora que uno quisiera seguir viendo la vida bajo el prisma único de este genio acomplejado, de este tipo maravilloso que es capaz de atormentarse, en una playa de Almería, por la obstinación del mar en deshacerse de un objeto o pre-

guntarse: ¿cómo puede uno olvidarse de mirar el cielo, cuando es quizás el único contacto que nos queda con el infinito?

Su defensa de la embriaguez moderada como método de conocimiento es notable, a pesar de que, como buen latinoamericano, la euforia de la amistad o de la lujuria le lleva a navegar más de lo aconsejable por tormentosas borracheras, de las cuáles se arrepiente cristianamente al día siguiente.

Su defensa del punto de vista al darse cuenta que los procedimientos narrativos envejecen rápido le lleva a concluir que "la modernidad no reside en los recursos que se emplean para escribir, sino en la forma como se aprehende la realidad".

Su defensa del llamado de la noche desemboca en derivas a lo Baudelaire por la noche parisina, de la que extrae ideas, personajes o amorfos con los que siembra sus cuentos.

Su defensa, o más bien resignación, al dolor físico, entendido como gran regulador de nuestras pasiones y ambiciones, le hace pensar que su presencia en nosotros neutraliza de inmediato todo otro deseo que no sea la desaparición del dolor. Su amenaza de suicidarse, felizmente no llevada

a cabo, si no escribe un gran libro -más adelante si no se realiza como escritor- le lleva incluso a escribir su epitafio, suerte de nota de suicidio fallida.

De 'La educación sentimental' rescato su desamoralizadora conclusión sobre las luchas políticas. Casi setenta años antes de la revolución rusa Flaubert intuye que una de las razones de su fracaso es que nadie hace una revolución para trabajar más, teniendo menos recompensa. Que el trabajo dignifica es una cantinela del catolicismo que fue perversamente reciclada por unos líderes convertidos rápidamente en los sacerdotes de un culto religioso aún más pernicioso. "La gran masa de los ciudadanos no aspiraba nada más que al descanso y todas las posibilidades estaban a favor de los conservadores".

Leo las últimas doscientas páginas enfebrecido, con la urgencia con la que se mueve el avisado Frédéric entre sus distintas mujeres, hasta llegar a un magistral final, una conversación adulta entre dos amigos de infancia:

"Se lo contaron el uno al otro con pelos y señales, cada uno completando los recuerdos del otro.

- Aquella fue la mejor aventura que corrimos -dijo Frédéric.

- Sí, quizás sí, aquella fue la mejor aventura que corrimos -dijo Deslauriers."

Aunque insiste en escribir cuentos de ficción, ya en agosto de 1957 Ribeyro es consciente que "si alguna vez escribo un libro importante, será un libro de recuerdos, de evocaciones. Este libro lo compondré no sólo de con los fragmentos de mi vida, sino con los fragmentos de mis estilos y de todas mis imposibilidades literarias. Un libro de memorias -en una grado mucho mayor que la novela- es un verdadero cajón de sastre. En él caben las anécdotas, las reflexiones abstractas, el comentario de los hechos, el análisis de los caracteres, etc."

Vamos a ver si aprovechando el noventa aniversario de su nacimiento, las reediciones de Seix Barral y el boca oreja que textos como éste puedan generar, pasamos a leer más a Rybeiro, especialmente su diario, pero también sus 'Prosas apátridas', obras maestras de la literatura escrita en castellano. Y ya se sabe lo raras que son las obras maestras...